

en el corazón y dejan que fructifiquen las espigas en la sombra.

* * *

Además, tuvo siempre mi alma por instinto, cuando el caos de humo y de llamas, cuando el gran torbellino que nos arrastra hacia el día y hacia la noche pasó rugiendo sobre los héroes y sobre los sabios, y cuando después que ha pasado se suele ir a visitar la playa, el anhelo de ir yo también a ella a recoger a los naufragos, a los olvidados y a los muertos.

* * *

No eches nada de menos; que tú sacaste la mejor parte. Envejecer en este París que se lamenta y que llora, que canta deslumbrado por mil visiones; ser admirado dos días por una desconocida multitud; oír en el abismo, al que afluyen todos los arroyos, el ruido que produce un nombre que cae de improviso sobre la muchedumbre; ser arbusto entre la hierba y gigante entre los pigmeos, todo esto no equivale, hijo del mar, a la dicha de surcar esas olas que vieron partir a Argos y llegar a Colón.

* * *

Si tú nos vieses, hijo del Archipiélago, cuando la prensa dirige a todos unánime llamamiento,

fortificar a toda prisa un derecho que tratan de destruir; y a la multitud, entregada al que nos quiere dirigir contra un poder pigmeo tocando a rebato, arrojarnos en tropel al asalto de una ley, ¡cómo despreciarías nuestros combates de niños, tú que rompes las cadenas con sacudidas solamente; ¡tú, cuyo fuerte brazo durante la noche envía los capitanes pachás que están solazándose con sus icoglans, sus negros y sus mujeres desnudas a despertarse en el otro mundo!

* * *

¿Qué te importa que te olviden aquellos de quienes tú te reirías si los vieras de cerca? ¿Qué te importan sus corazones de cera o de piedra, ese tratante, que es una sanguijuela del pueblo, que sólo sirve para llenarse de oro, como la esponja se llena de agua; ese comerciante ávido, puesto de codos sobre el mostrador, ni ese joven enervado, de rostro imbécil, eunuco del corazón, que sólo admira en París las mujeres de raza y los caballos de precio? ¿Qué te importa París que sucesivamente se duerme y se despierta, y sufre pesadillas, esperando con impaciencia que brille la luz del día? ¿Qué te importa Londres, en el que el hospital es inferior al Hipódromo, ni Roma, que sólo es ya la sombra de lo que fué la antigua Ciudad Eterna?

* * *

¿Qué te importa de todo eso? Entretanto, tú, de pie en el puerto, vendes a algún inglés un pasaje a bordo de tu buque; o haces rodar y alinear en la playa los fardos que durante mucho tiempo el marcader ha esperado; o sonriendo acoges a tus iguales, a tus amigos los patronos de Corinto y de Argos, y quizás en estos momentos alguna mujer de Grecia a la que una venda pagana sujeta las negras trenzas, que es madre fecunda o acaso doncella, fija en ti sus hermosos ojos transparentes, recuerda a Psara, a Chío y el mar que Canarias llenó con su fama, y admirándote desde lejos, como se admira a un rey sin osar hablarte, pasa rezando por ti.

21 de mayo de 1833.

XIII

No había cumplido aún veinte años y había abusado ya de todo lo que puede amarse, mancharse o romperse. Las pálidas voluptuosidades, al oírle, salían atropelladamente de su impura guarida, cuando su sombra pasaba cerca de ellas. Agotaba noche y día su savia en las orgías, como se gasta la cera ardiente en la mecha de los cirios. En el verano se dedicaba a la caza y en el invierno acudía al teatro de la Opera, a

oír por casualidad a Gluck o a Mozart. Jamás apagaba su sed en los grandes manantiales que hicieron brotar Homero y Shakespeare. No creía en nada, no soñaba nunca; el aburrimiento hostezaba en la cabecera de su lecho. Su ironía infecunda ladraba a todo lo que era digno y noble; compraba el amor y era capaz de vender a Dios. La naturaleza, el mar, el cielo y las estrellas no le inspiraban otra cosa que el fastidio; no le gustaba el campo; su madre le aburría, y al fin, enervado, y no sabiendo ya qué hacer, sin odio y sin cariño, antes de morir, desazonado por el temor del día siguiente, una noche que encontró una pistola a mano, arrojó el alma al cielo, como el que arroja una taza vacía al techo del gabinete.

* * *

Joven, fuiste cobarde, imbécil y perverso y no te compadecemos. Cuando recorre un campo el hierro cortante del arado, ¿compadecemos acaso a la cizaña que destruye? Pero sí que compadecemos con todo nuestro corazón a la que tuvo la desdicha de dar a luz semejante hijo, a tu madre, pobre y anciana mujer, encorvada por el peso de los años, que te mecía en la cuna y a quien tu arrastras al sepulcro

* * *

También compadecemos, y es sagrada para nosotros, a pesar d

su deshonor, a la triste joven, antes pura y cariñosa, que vivía cantando en su pobre cuarto donde tu oro la sedujo; que se dejó tentar creyendo que así ahuyentaba de ella el hambre y al mismo tiempo se proporcionaba la felicidad; que luego cayó rodando hasta la muchedumbre, que hoy la pisotea, que llora la virginidad perdida que tú le arrebataste; ¡pobre búcaro de flores caído en medio del arroyo!

* *

No eres tú a quien compadecemos, sombra vana, cifra que no te has unido nunca a otra alguna para formar ninguna cantidad; compadecemos tu reputación, ayer pura y hoy envilecida; compadecemos a tu padre, que murió siendo venerable soldado de nuestro antiguo ejército; compadecemos a tus servidores, a tus parientes y a tus amigos; y aun a tu perro, que te era muy leal y al que tratabas a palos.

* *

Pero tú, orgulloso sombrío, rico de infecundo corazón, que viviste impotente y que mueres en la inutilidad; tú que terminaste tus días para que se ocuparan de ti, entra en la eterna noche sin que se entere nadie; eso es lo que te corresponde. Sal del festín sin que se apague ni una sola luz; cae en el torrente sin perturbar

siquiera la superficie. Este siglo tiene un gran pensamiento y camina decidido a conseguir lo que se propone; tu sepulcro no le hará tropezar; no le preocupa el ruido que produce tu puerta al cerrarse. ¿Qué has logrado con cumplir tu capricho? Con tu voluptuosidad, la tumba; y con tu vanidad el olvido.

Abril de 1831.

* *

Evidentemente, muertes como esa, ignoradas o conocidas no importan al siglo ni le perjudican, ni siquiera piensa en ellas; pero cuando, agigantándose en el negro horizonte, el suicidio ciego extiende sus negras alas, y arrastra tras sí más seres a cada instante; cuando apaga en todas partes contra los designios de Dios corazoncillos llenos de vida; cuando el hábil pintor Robert, que ocultaba tras sus miradas serenas las tormentas que agitaban su alma, rechaza el cáliz de la existencia cuando le ve vacío de amor; cuando Castlereah, ese inglés que tenía algo de cartaginés y de espartano, se hunde el acero en el corazón y muere desengañado, hastiado de poder y cansado de astucias; cuando Babbe inunda de veneno sus heridas; cuando Gros, jadeante, siendo débil y viejo, se arroja al río para que no le crean envidioso; cuando este aquí lón mortal disminuye a la familia, entonces el creyente ora y el pen-

sador medita. Tal vez la humanidad camina demasiado de prisa. ¿Qué pretende este siglo? ¿A dónde corre ese rebaño de espíritus? Increíble parece que muchos en el mundo, al ver perdidas sus esperanzas, se anticipen la muerte; este es mal de un siglo que trabaja continuamente y en el que todo se descompone. ¿Cuál será el remedio y cuál es la causa? ¿Será acaso que la fe decrece a medida que la razón aumenta, como sol que camina hacia su ocaso? ¿Será acaso que el hombre no cuenta para nada con Dios? ¿Será acaso que se sumerge en una noche profunda, cuya obscuridad sólo puede iluminar la lámpara de Jesús? ¿No es hora ya, tras de tantas tempestades, de inclinar la cabeza y de reedificar el altar? ¿Debemos echar de menos los tiempos antiguos en que los vivos creían aquello mismo que habían creído los que murieron, aquellos tiempos felices en los que la Biblia abierta deslumbraba al mundo?

* *

Problemas arriesgados pero dignos de meditación; cuestiones muy poco claras que inducen al pensador poeta a vagar por la ciudad en las horas en que ya sólo encuentra al trasnochador y a la ronda de la noche, que se aparece como una visión que va palpando en la obscuridad todos los rincones de las calles.

4 de septiembre de 1835.

XIV

No insultéis nunca a la mujer que se pierde. ¿Quién sabe qué terrible peso hizo caer a la pobre? ¿Quién sabe por cuánto tiempo ha sido víctima del hambre? Cuando el viento de la desventura sacudía su virtud, ¿quién no ha visto a esas desdichadas mujeres agarrarse mucho tiempo a ella haciendo esfuerzos sobrehumanos? Son esas infelices como la gota de lluvia que se ve chispear en el extremo de una rama, en la que refleja el cielo, y que sacudiéndola con el árbol cae, y siendo perlas antes de caer, es fango cuando ha caído.

* *

Nuestra es la culpa; es tuya, rico, de tu oro; ese fango encierra, no obstante, aún el agua pura; para que la gota de agua salga del polvo y vuelva a ser perla y brille con su prístino brillo, basta un solo rayo de sol, como a la mujer le basta un rayo de amor.

6 de septiembre de 1835.

* *

XV

CONSEJO

¡No han echado aún retoños en las ramas flotantes de nuestra tierra, en la que desde hace cuarenta años tantas almas han fracasado, las doctrinas de frutos de oro, esperanza de las naciones, que la férrea mano de las revoluciones sacudió sobre nuestras cabezas!

* *

Los esperamos siempre.— Señor, tened compasión de los pueblos que, disfrutando de una semi-felicidad, pasan de una esperanza a otra y haced que aparezca el hombre que elijáis entre los tribunos y entre los reyes que hacéis pasar con la rapidez de un meteoro por la Francia.

* *

¿Quién puede hoy creer que es fuerte, poderoso y soberano? ¿Quién puede, al levantar fuertes barreras, aunque sean de bronce, asegurar que nadie las traspasará, en este tumultuoso siglo de trastornos y de glorias, en el que las cañas que se inclinan en los bordes de los estanques duran más que las monarquías?

¡Reyes! el paño grosero siente envidia del terciopelo. El pueblo tiene frío durante el invierno y hambre durante todo el año; mejorad su condición. Abrid las escuelas para los hijos y los talleres para los pobres, y a todos ofrecedles el augustó asilo de vuestros brazos.

* *

La bondad de los reyes debe hacer que los pueblos sean buenos; con frecuencia nos afligen extrañas desgracias; pensad que Dios es nuestro único Señor. Siempre hay alguien que recoja los beneficios; pensad en esto, reyes, que ocupáis unos tronos que tienen socavados sus fundamentos y a quienes agobia un pasado que quizás está preñado de un porvenir inesperado.

* *

Dad a todos, que quizás un día os recompensarán. Dad, que ignoramos qué clase de espigas germinarán en nuestro siglo alrededor de los tronos. Dad con la mano derecha a los buenos y con la izquierda a los malos, y de igual manera que el labrador siembra su grano en el campo, sembrad vosotros limosnas en los corazones.

* *

¡Oh reyes! el pan que se da al viejo desvalido, la pobre adolescente a quien se libra de caer en la infamia, el beneficio sonriente y oculto que se hace por todas partes donde hay necesitados, el clamor de gratitud de una madre reconocida, el niño salvado que levanta entre el pueblo y vosotros las alegres manos, son el mejor dique para contener la multitud furiosa. No os durmáis, que ya se amontonan en lontananza los elementos del porvenir.

* *

Sucede algunas veces en nuestro siglo que un impetuoso viento de tempestad alborota de repente al oleaje humano, viento de desgracia, que, como todos los austros, está impulsado por los aires que han estado comprimidos mucho tiempo en alguna parte; viento que dispersa el humo de todos los hogares, que sopla a la vez sobre todos los hombres, y que, como antorcha en los mares, los hace espumear y arranca chispas de la cresta de sus olas; conmueve todas las ciudadelas y todos los diques, y velozmente presenta al desnudo, a la sociedad, los abismos tenebrosos, las brumosas cumbres, las llanuras serenas; viento fatal que confunde en un solo grupo, agitándolos, a los malos y a los buenos, que arranca

muchas tejas de las viejas techumbres de los imperios, y que, tomando en el Estado, de arriba a bajo, a los hombres que derriba, amontonándoles en la obscuridad en esa hora de borrasca y persiguiéndoles a un tiempo con sus ondas, con sus rumores y con sus rugidos, arrastra al pueblo en tropel y lanza toda esa tempestad a las puertas de un palacio.

* *

Palacio sombrío que está sumergido en la obscuridad de la noche, y en el que al rugir la tormenta las ilusiones se aniquilan, unas llorando y otras riendo alegremente. Cuando llega esta hora fatal, el velo se desgarrar, y ¡adiós sueños de oro! Se despiertan en el palacio y sus moradores se encuentran con que los toca un espectro que tiene manos de carne; es la realidad que los aprecia al peso. El que antes soñaba en Carlomagno ahora se acuerda de Luis XVI. Hora tremenda para la monarquía, en la que, dudando de la eficacia de los cañones, en la que llamando a sus amigos por sus nombres, oyendo los rugidos de la tempestad, espera, con la vista fija en los cristales y los oídos en los resquicios de las puertas. Hora en la que se ve en el rincón de una cámara palidecer a la pobre reina extranjera, estrechando a sus hijas contra su corazón; en la que los niños de la familia real aprie-

tan con ternura las manos leales de algún fiel veterano, y preguntan entre sollozos a los criados, que no les responden ya, qué significan esos rumores, ese terror, ese misterio, esa conmoción de la tierra que sienten temblar bajo sus plantas, y que no tiembla bajo los pies de otros niños.

* *

Levantáis fortificaciones en las silenciosas Tullerías, obstruís los puentes con cañones y obuses, cubrís las boca-calles de regimientos... ¿Para qué os ha de servir? A cada instante aumenta la muchedumbre desesperada y terrible; ¿y qué le importa, en la hora de la marea, que salga y suba aullando desde el fondo del abismo amargo, la metralla a la multitud, ni el granizo al mar?

* *

¡Terribles acontecimientos los que se realizan en nuestros días! En ellos, sólo estrechándose los hombres unos contra otros, consiguen derribar torreones parapetos y castillos, y apoyándose inútilmente en los arrabales, las pálidas guarniciones, caen trituradas con sus férreos cañones y con las paredes que les servían de resguardo.

* *

¿Cómo se ha de defender un rey que esté asediado por todo

un pueblo? Más ligero sobre el oleaje que el flotante corcho, más vacilante que la sombra cuando se aproxima la luz, escuchando sin oír y mirando sin ver, se estremece al oír el bramido de la tempestad y tiembla. ¡Sólo los reyes pasan momentos semejantes!

* *

¿De qué les sirven en momentos tales las leales espadas, las líneas de cañones y de soldados, los encendidos vivacs, el general escogido a quien fió su custodia, que quizás está soñando ponerse otro entorchado ¿de qué le sirven sus coraceros, de qué la verja de hierro cerrada y las mechas encendidas? Tiene necesidad de un capitán heroico y sólo cuenta con un ejército. ¡Cómo oponerse al inmenso empuje de ese pueblo, mar arrastrado por una idea, vasta inundación de hombres, de mujeres y de niños!

* *

¡Desgraciado de él entonces! ¡Será preciso, Dios mío, que volvamos a ver la parte monstruosa de las revoluciones! ¿Quién es capaz de apaciguar el mar? ¿Quién puede contener el oleaje de París y de Londres, sobre todo cuando, atronada la ciudad por el redoble de los tambores, siente que nada en sus olas la hidra de los arrabales? ¿Qué va a suceder

en ese palacio en el que se derrumba el imperio, en el que van a caer las puertas ante la muchedumbre, en el que se habla de misteriosas fugas?...

* *

¡Estalló al fin la tormenta; cayeron las barreras del trono! Pero Dios guarda un tesoro para aquel que supo hacer limosna. Si en tiempos más prósperos dejó el príncipe la huella de sus pasos en los tugurios de los mendigos, si les hizo algunas veces secretos beneficios, si perdonó cuando la ley quería matar, no tiene derecho a perder la esperanza de salvarse. El pueblo puede olvidar esto en sus días de cólera, pero Dios no lo olvida jamás. A menudo el grito de compasión que saliendo del corazón pronuncian los labios, desarma con voz imperiosa al hombre cruel que tiene en sus manos una presa con la que se quiere ensañar; las madres consiguen librar a los niños de las bocas de los leones.

* *

En los momentos más terribles del naufragio, cuando se ve que las balas son impotentes contra la ola, cuando el populacho, lleno de cólera, ladrando en el umbral como un perro para que le abran la puerta, llega salpicando de lodo los capiteles del Louvre; cuando ese populacho, Océano

que no tiene hora fija para su reflujó en el instante en que nada le pone obstáculos, sube y aulla, ofrece con frecuencia el espectáculo que otras veces nos ha presentado la historia, de que una buena acción, escondida en un sitio sombrío, saliendo luminosa de la obscuridad detenga al pueblo colérico, parodiando a Dios: «No irás más allá!»

Diciembre de 1834

XVI

El grande hombre que es vencido puede perder en un instante su gloria, su imperio y su brillante cetro; puede perder hasta el prestigio de su grandeza que iluminaba su frente como una aureola, pero conserva siempre su genio.

* *

Así, cuando en la batalla, se destruye una bandera, todo lo que en ella es seda, oropel o franja de oro queda desgarrado por el fuego de la metralla y desaparece pedazo a pedazo, como arrancado por el pico de una ave de rapiña.

* *

Pero esto nada importa; la bandera, a través del horrible fuego de la batalla, en medio de los gritos, las embestidas, las